

GIORGIO VAN STRATEN

HISTORIA DE LOS LIBROS
PERDIDOS

Traducción de
MARIA PONS

PASADO Y PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

Introducción

El riesgo de una imposibilidad 7

FLORENCIA 2010

El libro que leí (y no fotocopié) 17

LONDRES 1824

Las *Memorias* escandalosas 31

PARÍS 1922

La memoria es el mejor crítico 49

POLONIA 1942

El Mesías ha llegado a Sambor 63

MOSCÚ 1852

Una *Divina Comedia* de la estepa 77

COLOMBIA BRITÁNICA 1944

No es fácil vivir en una cabaña 91

CATALUÑA 1940

Una pesada maleta negra..... 107

LONDRES 1963

Podréis decir que tengo una vocación 123

Lista razonada de los libros citados..... 141

Índice de nombres 151

PASADO Y PRESENTE

INTRODUCCIÓN

EL RIESGO DE UNA IMPOSIBILIDAD

PASADO Y PRESENTE

Este es mi viaje tras las huellas de ocho libros perdidos, libros míticos como las minas en la fiebre del oro: todos los buscadores están seguros de que existen y de que serán ellos quienes las encuentren, pero en realidad nadie tiene pruebas fiables de su existencia ni caminos seguros para llegar a ellas. En mi caso, las señales también son débiles y las esperanzas de encontrar esas páginas, escasas. Pese a todo, el viaje vale la pena.

Los libros perdidos son aquellos que existieron y ya no existen.

No son los libros olvidados que, como sucede a la mayoría de los hombres, desaparecen poco a poco del recuerdo de quien los ha leído, se evaporan de las historias de la literatura, se desvanecen a la vez que la vida de sus autores. Esos libros es posible encontrarlos en algún

fondo de biblioteca, y un editor curioso podría reimprimirlos. Puede que nadie sepa nada de ellos, pero todavía existen.

Y tampoco son los que nunca nacieron; fueron pensados, ansiados y soñados, pero las circunstancias impidieron escribirlos. También en este caso nos hallamos ante una carencia, ante un vacío que ya no se puede llenar. Pero esos libros nunca existieron.

Yo entiendo por libros perdidos aquellos que el autor escribió, aunque en alguna ocasión no llegó a terminarlos; son libros que alguien vio, tal vez incluso leyó, y que luego fueron destruidos y nunca más se supo de ellos.

Los motivos que causan la pérdida son muy diversos. Puede que estos textos hayan sido víctimas del hacha de la insatisfacción del autor, de su búsqueda de una perfección imposible de alcanzar. Cabe afirmar que, si no satisfacían a quien los había escrito, tal vez menos iban a satisfacernos a nosotros, y que si la insatisfacción prendiera en algunos escritores contemporáneos todos saldríamos ganando. Aunque también leemos las obras que un valiente sustrajo a la voluntad destructiva del autor, como en el famosísimo caso de Kafka, y somos conscientes de la suerte que supone que no se respetara esta voluntad.

O bien fueron las circunstancias ambientales e histó-

ricas las que crearon el vacío; la Segunda Guerra Mundial, sobre todo, porque fue una guerra que se extendió por todas partes sin distinguir entre la línea del frente y las retaguardias, entre militares y civiles. Y los intentos de poner a buen recaudo lo que había sido escrito no siempre tuvieron éxito.

Otras veces intervino la censura, incluso la autocensura, porque los libros parecían escandalosos, peligrosos, y no solo en sentido figurado, si tenemos en cuenta que en el siglo XIX, e incluso en el XX, en algunos países europeos la homosexualidad todavía era un delito.

Se dio incluso la circunstancia de que un descuido o una negligencia provocaran un incendio, o un robo (aunque de escasa utilidad para el ladrón: ¿qué podía hacer con todo aquel papel?), destruyendo así años de trabajo y obligando al autor a empezar de nuevo, si es que se vio con ánimos de hacerlo.

Y luego está la voluntad de los herederos, en especial de los viudos y de las viudas, y su deseo de protegerse a sí mismos y a sus familiares —la reputación del marido o de la mujer— de la deficiencia de sus obras, o bien proteger la vida de personas que aparecían en aquellas obras y eran reconocibles.

En los ocho casos que explicaré hay ejemplos de todas estas posibilidades. La conclusión siempre es la

misma: el libro en cuestión parece perdido para siempre, aunque a veces sigue viva la hipótesis de que alguien, en alguna parte...

Cada vez que en mi vida me he encontrado con un libro perdido, he tenido la misma sensación que me invadía cuando de pequeño leía novelas que hablaban de jardines secretos, teleféricos misteriosos, castillos abandonados: la ocasión de una búsqueda, la fascinación de lo que se escabulle y la esperanza de ser el héroe capaz de resolver el misterio.

En aquellas novelas para niños, la solución llegaba al final del libro, sugerida obviamente por el autor, aunque a mí me parecía que era fruto de mi atención y de mi fantasía.

De estos ocho libros perdidos no he encontrado ninguno, al menos no en el sentido tradicional del término. Más bien, como se verá en el primer capítulo, lo que he hecho ha sido leer una novela antes de que se perdiera, pero no he logrado impedir su destrucción.

Tal vez sea justamente por ese fallo, por ese fracaso mío, por lo que decidí seguir las huellas de otros libros perdidos, contar sus historias, como si fuesen aventuras. Lo hice primero en una serie de programas radiofónicos, acompañado por unos amigos devotos admiradores de esos autores y de esos libros. Juntos recorrimos

los caminos que habían conducido a su desaparición, consolados al menos parcialmente por las páginas que habían sobrevivido y que podíamos seguir leyendo.

Luego decidí volver a recorrer esos caminos yo solo, como ocurre a veces con los lugares donde hemos sido felices, esperando sentir de nuevo las mismas sensaciones, en este caso quizá también para comprobar si existía algún indicio, injustamente ignorado, que nos abriera una nueva rendija por donde vislumbrar qué había ocurrido realmente. Por supuesto, seguí buscando a tientas en la oscuridad, pero, como ocurre a veces viajando en soledad, descubrí cosas a las que, viajando en compañía, no había prestado atención.

Cada uno de esos libros perdidos tiene su historia que no se parece a las demás, excepto en algún detalle que establece curiosas relaciones, por ejemplo, entre Romano Bilenchi y Sylvia Plath (una novela inconclusa y el cónyuge que decide por ellos), entre Walter Benjamin y Bruno Schulz (nacidos el mismo año, ambos judíos y ambos desaparecidos durante la guerra junto a sus últimos libros) o entre Nikolái Gógol y Malcom Lowry (ambos querían escribir la *Divina Comedia* a su manera y no lo consiguieron). No obstante, lo que se repite con inquietante frecuencia es el fuego. La mayoría de las páginas perdidas de las que hablamos fueron

quemadas, y esto nos hace reflexionar sobre su fragilidad. Porque estamos hablando de unos tiempos (los dos últimos siglos) en que solo el papel permitía conservar las palabras que los hombres escribían. Y, como es sabido, el papel arde con extraordinaria facilidad.

Podemos pensar que hoy en día es más complicado perder un libro, que los mil soportes en los que podemos conservarlo excluyen el riesgo de que algo se destruya para siempre. Sin embargo, tengo la impresión de que precisamente la inmaterialidad es en algunos casos tan frágil como el viejo papel, y que esos esquifes de palabras, que tenazmente intentamos conducir mar adentro para que alguien repare en ellos y los acoja en su puerto, pueden desaparecer en un espacio infinito, como astronaves a la deriva en el universo que se alejan de nosotros cada vez más rápidamente.

Estas pérdidas ¿son realmente solo y exclusivamente pérdidas?

Hace un tiempo, encontré un viejo cuaderno donde anotaba algunas frases que me habían conmovido. Había una, tomada de la *Recherche* de Proust, que decía así:

Pero para desatar esa tristeza, ese sentimiento de lo irreparable y esas angustias que sirven de preparación al amor, es menester que exista el riesgo de una imposibilidad (y acaso

tal riesgo y no la persona amada es el objeto que la pasión quiere señorear).

¿Y si la pasión que me embarga, que nos embarga, frente a estos libros perdidos tuviese los mismos orígenes que la pasión amorosa descrita por Proust? ¿Y si fuese justamente el riesgo de una imposibilidad lo que justifica esa mezcla de impulso y melancolía, de curiosidad y fascinación, que crece al pensar en algo que ha existido, pero que ya no podemos tener entre nuestras manos? ¿Y si fuese el vacío lo que nos fascina, porque podemos llenarlo con la idea de que lo que nos falta es la pieza decisiva, perfecta, inigualable?

Además, esos libros se convierten en desafíos a la imaginación, a otros escritos, al desarrollo de pasiones alimentadas por su propia inaccesibilidad. No es casual que muchas de esas páginas perdidas hayan acabado originando la escritura de nuevos libros.

Pero no es solo esto, hay algo más.

En una novela de finales del siglo pasado, una escritora canadiense, Anne Michaels, escribió:

No hay verdadera ausencia si queda al menos el recuerdo de la ausencia (...) Si uno ha perdido la tierra pero conserva el recuerdo de la tierra, siempre podrá dibujar un mapa.

Así es; este libro es mi mapa personal entre los recuerdos de libros ausentes que, excepto uno, no he podido leer. Y, por tratarse de un mapa, cuando me pregunté en qué orden iba a contar estas historias —si recurriendo a un criterio cronológico, o alfabético, o bien a analogías que nos trasladaran de un caso a otro, etc.— al final opté por la geografía: una vuelta al mundo en ocho volúmenes, en vez de en ochenta días. Así que empecé por el libro que no conseguí salvar, por mi casa, porque mi casa, como la de Romano Bilenchi, está en Florencia, aunque luego me trasladé a Londres y a Londres he regresado, como Phileas Fogg, tras haber realizado un recorrido circular, pasando por Francia, Polonia, Rusia, Canadá y España.

Y al final del viaje me he dado cuenta de que los libros perdidos tienen algo que todos los demás no poseen: nos dejan a nosotros, los lectores, la posibilidad de imaginarlos, de contarlos, de reinventarlos.

Y si bien por un lado siguen huyendo de nosotros, alejándose tanto más cuanto más tratamos de asirlos, por el otro cobran nueva vida en nuestro interior y, al final, como el tiempo proustiano, podemos decir que los hemos hallado de nuevo.